

Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, Tercera serie, núm. 47,
segundo semestre de 2017, pp. 166-189.

ISSN 1850-2563 (en línea) / ISSN 0524-9767 (impreso)

Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, Universidad de Buenos Aires / Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

La homogeneización de la heterogeneidad obrera en los orígenes del peronismo

Alejandro Grimson¹

Artículo recibido: 02 de diciembre de 2015

Aprobación final: 01 de junio de 2016

Introducción: el debate

Este artículo busca realizar un aporte para comprender quiénes eran los trabajadores que apoyaron el surgimiento del peronismo a partir de 1945. La interpretación sociológica sobre los orígenes del peronismo se inaugura con una idea de heterogeneidad obrera muy peculiar. Gino Germani propuso la distinción entre nueva y vieja clase obrera. La vieja clase obrera expresaría la inmigración europea, la modernización y las tradiciones políticas de izquierda. Como se sabe, Germani sostuvo que el peronismo expresó a la nueva clase obrera surgida de la inmigración interna desde las provincias tradicionales de la década anterior a 1945 (Germani, 1962 y 1963: 362). Esta afirmación fue discutida por numerosos autores. Contra la explicación de los orígenes del peronismo en función de la heterogeneidad obrera, Murmis y Portantiero sostuvieron que por el contrario debía ser explicada por la “homogeneidad de la clase obrera como fuerza de trabajo explotada, en un momento en el que culmina un largo ciclo de acumulación sin distribución.” (Murmis y Portantiero, 2012: 178).

¿Heterogeneidad u homogeneidad? La idea de heterogeneidad entre nueva y vieja clase obrera también fue rebatida por Torre y por Del Campo quienes mostraron el rol protagónico de dirigentes sindicales con larga trayectoria en los orígenes del peronismo (Torre, 2011 y 2012; Del Campo, 1983). Es decir, que en el surgimiento del

¹ Universidad Nacional de General San Martín / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Argentina. Correo electrónico: alegrimson@gmail.com

peronismo cumplió un papel clave la *vieja guardia sindical*, no una camada totalmente nueva de dirigentes. Hubo no sólo continuidad de dirigentes sindicales, sino de modos de vincularse con el Estado. Por su parte, Di Tella intentó con escaso éxito refutar la tesis de Torre y Del Campo, al mostrar un recambio de la dirigencia sindical entre los años previos y posteriores a 1945 (Di Tella, 2003).²

Sin embargo, permanece pendiente otro debate. Aquello que sucede al nivel de los dirigentes (cambio o continuidad) no necesariamente refleja lo que sucede al nivel de las composiciones obreras. Puede haber continuidad de dirigentes con grandes migraciones. El propio Germani esbozó una respuesta con esta orientación. Cuando sólo se había publicado el trabajo de Murmis y Portantiero, Germani escribe su última contribución a estas controversias y señala una diferencia entre los dirigentes sindicales (donde podía admitir continuidad) y los nuevos trabajadores, que eran de las provincias (Germani, 1973). En particular, señaló que los migrantes internos constituían las tres cuartas partes de la clase obrera urbana y que habían sido protagonistas de la movilización callejera y del voto peronista (Germani, 1973: 586, 592-93).

Este artículo pretende recuperar este debate, específicamente sobre las características de la masa trabajadora. Cuando la heterogeneidad obrera dejó de ser aceptable como mera dicotomía “nueva” y “vieja”, como en el planteo de Germani, la propia noción de heterogeneidad quedó subsumida en una “imagen de una clase obrera cada vez más homogénea” (James, 1987: 446). Al decir esto, James está cuestionando la visión de Murmis y Portantiero. Al revelar que el apoyo de la *vieja guardia sindical* a Perón no podía ser leído como “anomia colectiva” o un “síndrome clientelista”, sino como resultado de una deliberación racional, ellos propusieron reemplazar la dicotomía original por una idea de homogeneidad. Para la sutileza de un trabajo pionero, esta afirmación resulta apresurada, ya que no todo proceso de explotación deriva en homogeneidad. También Torre concibe que hay una homogeneidad anterior al mundo político, porque “en la Argentina de los años cuarenta ese mundo del trabajo marchaba hacia su progresiva homogeneización en torno a la condición obrera moderna” (Torre, 2012: 181). Incluso James, que va a criticar la nueva ortodoxia instrumentalista que se derivaba del énfasis economicista, vincula la alta cohesión política a “la relativa

² Eso no niega relevantes aportes de Di Tella a los estudios sobre peronismo, sino simplemente señalar que compartimos el consenso académico de que los elementos aportados por Di Tella no refutan los argumentos de Torre y Del Campo.

homogeneidad racial y étnica de la clase trabajadora argentina” (James, 2010: 25). Posiblemente, entendemos, la clase trabajadora argentina puede ser concebida como más homogénea que otras. Sin embargo, resulta complicado plantear una noción indefinida de homogeneidad. ¿Es una homogeneidad racial blanca, mestiza o de “cabecitas negras”? ¿Es una homogeneidad étnica italiana, española, quechua, guaraní o una mezcla? ¿Es una homogeneidad económica?

Hay un supuesto teórico que al menos comparten Germani y Murmis y Portantiero: la homogeneidad o heterogeneidad política de la clase obrera expresa un fenómeno estructural análogo. Es decir, que una clase estructuralmente más homogénea, sea por condiciones de trabajo, de explotación, de producción, tenderá a una mayor homogeneidad política. O, en cambio, pero con el mismo supuesto, que una clase cada vez más heterogénea, por ejemplo por motivos migratorios, tenderá a una mayor heterogeneidad política. Sin embargo, en este artículo buscaremos mostrar que la unificación política de la clase obrera en 1945 se produjo en un contexto de alta heterogeneidad. El temor ante la ofensiva de los sectores patronales parece haber cumplido un papel clave en los acontecimientos que produjeron la unificación identitaria de la clase obrera.

A nuestro juicio, es necesario distinguir a qué dimensiones nos referimos cuando aludimos a homogeneidad o heterogeneidad. ¿Se trata de una clase obrera que tiene una homogeneidad objetiva, económica, laboral o étnica? ¿Es de esa homogeneidad que deriva una identidad política? ¿O más bien la unificación subjetiva se explica principalmente por procesos específicamente políticos? Buscaremos mostrar que si algo llama la atención es justamente que la homogeneización política de 1945 se generó a pesar de la heterogeneidad económica, laboral, fenotípica y étnica de la clase obrera.

Por ello creemos necesario, en función de otras evidencias, volver al debate sobre la heterogeneidad y homogeneidad, pero no ya en términos dicotómicos. Para ello nos preguntaremos acerca de los grados de heterogeneidad y homogeneidad de los trabajadores argentinos hacia 1945. En la primera parte del artículo, buscaremos mostrar que el apoyo al peronismo fue protagonizado por trabajadores altamente heterogéneos en varias dimensiones cruciales. Así mostraremos que la imagen de que el apoyo al surgimiento del peronismo provino de alguna masa homogénea vinculada a las migraciones internas fue un modo de categorizar y simplificar un proceso complejo sin

ninguna base empírica. En la segunda parte del artículo, analizaremos este proceso de categorización y homogeneización de un conjunto heterogéneo.

Ese contraste entre heterogeneidad y homogeneización nos permitirá sugerir una interpretación acerca de las identificaciones que la sociedad establecida hizo de los trabajadores que apoyaban a Perón. Lejos de cualquier descripción objetiva ni sociológica de esas masas estamos en presencia de un peculiar juego de alteridad. Aquel juego consistió básicamente, como veremos, en tomar la parte más estigmatizada de un conjunto diverso e identificar al conjunto de los trabajadores con esa parte. Las dos palabras claves de esa operación fueron “descamisados” y “cabecitas negras”. La traducción de estos términos al lenguaje sociológico fue “migrantes internos”.

Heterogeneidades de los trabajadores

Ahora, para comprender las dinámicas de los conflictos de categorización y significación debemos aludir brevemente a las características de los trabajadores hacia 1945. A nuestro criterio, no hay modo de encontrar sustento empírico para las presunciones de homogeneidad de la clase obrera ni para ver un eje único de diferenciación como la dicotomía entre “nuevos” y “viejos” trabajadores.

La heterogeneidad de la clase trabajadora se percibía en la desigualdad de ingresos, muchas veces ligados a niveles muy diferenciados de calificación, pero también a la diversidad territorial (muy relevante en el país), las diferencias étnicas, los rasgos fenotípicos y los distintos modos de significarlos, la desigualdad de género, las diferencias de edad, los niveles de sindicalización y de tradición sindical.

En primer lugar, la desigualdad clásica entre trabajadores calificados y no calificados iba en aumento hacia 1945, por la propia heterogeneidad de la industria, de los trabajadores de los servicios más complejos y de otros que vivían en la miseria. En base al Censo de 1947, Germani sostuvo que la población activa tenía un 43,8% de estratos populares en actividades secundarias y terciarias y un 16% de estratos populares en actividades primarias (Germani, 1963). Asimismo, había 31% de estratos medios en actividades secundarias y terciarias y un 9,2% en actividades primarias. Según Llach, la estructura sectorial del empleo en 1947 incluía un 25% de la PEA en la industria manufacturera, el 4,2% en la construcción, con 26,7% en el sector agropecuario, 14% en

comercio y finanzas, el 6,1% en los transportes y 23,1% en otros servicios. Todas las actividades industriales (incluyendo minería y construcción) abarcaban al 30,2% (Llach, 1978: 552). A la vez, resulta sencillo percibir la distancia entre las condiciones de trabajo de los servicios telefónicos o ferroviarios (con sindicatos antiguos y poderosos) y los grandes frigoríficos, por no decir nada de la caña de azúcar en la provincia de Tucumán. La mención de los ferroviarios, obreros de la carne y trabajadores del azúcar no es caprichosa: los tres sectores, de distinta manera, fueron claves en el surgimiento del peronismo.

En segundo lugar, otra dimensión de la heterogeneidad era la territorial, en un país de las dimensiones y las variaciones laborales de la Argentina. Había grandes distancias entre los trabajadores de la ciudad de Buenos Aires, los quebrachales, el azúcar o la vid. Por ejemplo, en el Chaco convivían extranjeros e indígenas. En empresas extranjeras convivía una minoría de trabajadores estables con una mayoría de trabajadores en condiciones de super explotación. También el guaraní y otras lenguas indígenas eran idioma corriente entre varios grupos de trabajadores (Di Tella, 2003: 115 y ss., 137).

En este artículo nos detendremos a analizar datos acerca de los impactos migratorios en la población. Como veremos, esto tenía impacto en la heterogeneidad étnica, nacional, fenotípica y de diferentes tradiciones. En el censo de 1947 los migrantes internos representaban el 17,8% de la población total del Área Metropolitana de Buenos Aires. Los extranjeros representaban el 26%. Germani había realizado dos afirmaciones sobre las migraciones internas para el período 1936-1947: aludía a un saldo anual de 83.000 migrantes y a su proveniencia desde las regiones menos desarrolladas.³ Desde 1956, Germani había explicado el surgimiento del peronismo a partir de la idea de un centro modernizado y una periferia tradicional (Germani, 1962). El gran elemento modernizante habría sido la migración ultramarina, que daba cuerpo a la "vieja clase obrera". En cambio, la nueva clase obrera estaba formada por migrantes internos que "provinieron de aquellas áreas menos modificadas por la inmigración masiva de ultramar, es decir, de la periferia, partes del área rural, de las ciudades y pueblos chicos que habían preservado en mayor medida la cultura original previa a la

³ Como veremos, no puede citarse todos los datos de Germani como parte de consensos académicos o verdades absolutas, tal como generalmente se hace. Algunas de sus afirmaciones demográficas son previas a que se conociera en Censo Nacional de 1947. Ver Cantón y Acosta, (2013: 12).

inmigración” (Germani, 1973: 466). Germani sostenía que el peronismo “fue un movimiento que expresó, sobre todo, a la gran inmigración interna, originaria de áreas todavía tradicionales y compuesta de personas que por primera vez se hallaban en contacto real con la sociedad nacional” (Germani, 1963: 362). Hay un problema que Germani no explica o no vincula con esta afirmación y es el hecho de que en 1947 en el Área Metropolitana de Buenos Aires los migrantes internos eran el 17% de la población (Germani, 1963: 330).

La imagen del peronismo apoyado fundamentalmente por nuevos trabajadores provincianos, mestizos, criollos, dice el propio Germani, era compartida por peronistas y antiperonistas (Germani, 1963: 446). ¿Es adecuada esa imagen? En realidad, unos años antes de la última intervención de Germani en estos debates, Recchini de Lattes y Lattes habían realizado diferentes cálculos para estimar el peso de las migraciones internas para 1947 (Recchini de Lattes y Lattes, 1969). Ofrecieron datos muy claros que relativizaban mucho las afirmaciones de ese tipo. En la Capital los migrantes internos eran el 19,32% de la población y en el Gran Buenos Aires eran el 15,32% (según cálculo de Recchini de Lattes y Lattes, 1969: 48). El 19,32% de la Capital estaba compuesto por un 10,16% proveniente de “provincias pampeanas” (Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos, La Pampa) y un 9,16% proveniente del resto del país. El 15,32% de migrantes internos del Gran Buenos Aires estaba compuesto por 9,31% de las provincias pampeanas y 6,06% del resto del país.

Halperin Donghi buscó mostrar que los migrantes internos eran menos en cantidad de los que Germani había afirmado, que provenían en mayor proporción a lo estimado por Germani de áreas más pampeanas en lugar de zonas “tradicionales” (Halperin Donghi, 1975: 765-781). Además, rechazaba el prejuicio de la migración europea como factor de modernización, señalando su analfabetismo, su fuerte catolicismo y su tradicionalismo. Así, Halperin intentaba deshacer la oposición entre viejos y nuevos trabajadores. Criticaba a Germani por idealizar la migración europea e insinuó que los obreros extranjeros y sus hijos apoyaron tanto al peronismo como los provincianos. Al menos, que no había nada especialmente “moderno” en aquellos españoles e italianos que les impidiera hacerlo.

Mientras Halperin Donghi escribía su artículo, el Instituto Nacional de Estadística y Censos de la República Argentina (INDEC, en adelante) publicaba cuadros

inéditos del Censo de 1947 y aún en 1999 difundía información inédita sobre el mismo censo respecto de la movilidad territorial de la población. En 1947 en Capital y el Gran Buenos Aires, entre el 40 y 50% de los argentinos tenían padres argentinos, el resto padres extranjeros, o uno argentino y otro extranjero (INDEC, 1974: 2 y 3; 1999: 130). Por lo tanto, el peronismo jamás podría haber triunfado en 1946 sin votos “tocados” por la “migración ultramarina”, sea esta “modernizadora” o no.

Por otra parte, de los 650.000 migrantes internos registrados en Capital Federal, 500.000 habían nacido en la provincia de Buenos Aires, Entre Ríos, Córdoba o Santa Fe; es decir, zonas afectadas por la inmigración europea y que no pertenecían a zonas “tradicionales” en el sentido de Germani (INDEC, 1999: 130). Menos de 150.000 estaban registrados como migrantes desde provincias “tradicionales”.⁴ En toda la Provincia de Buenos Aires (no está distinguido el Gran Buenos Aires en esta publicación) algo más de trescientas mil personas estaban registradas como migrantes internos. La suma de los migrantes provenientes de tres provincias pampeanas (Córdoba, Entre Ríos y Santa Fe) es de 170.000, unos 130.000 de las provincias “tradicionales” (INDEC, 1999: 145).⁵

En otro orden, las fronteras identitarias vinculadas al origen nacional o provincial no se tradujeron en fuertes prácticas endogámicas (INDEC, 1999: 491). De modo coincidente, Acha mostró en un estudio de barrios populares de la Capital que, salvo excepciones, también en los años 1945-1955 “la nueva población se integró matrimonialmente con la preexistente, con una alta proporción de vínculos con extranjeros” (Acha, 2008: 425).

En síntesis, recordemos un argumento de Germani de 1973. Aunque los dirigentes sindicales pudieran ser “viejos”, el voto y el 17 de octubre lo protagonizaron los “nuevos”, los migrantes de provincias tradicionales. Sin embargo, la investigación muestra que no existió una corriente migratoria desde zonas tradicionales aisladas como la que imaginaba Germani con capacidad de dar base por sí sola al surgimiento del peronismo. Estos datos indican una diferencia relevante entre los movimientos demográficos y su percepción social. Y sociológica.

⁴ En el caso de que todos los no registrados fueran migrantes y, además, hubieran nacido fuera del área pampeana (lo cual es improbable), esta cifra llegaría a cerca de 400.000 personas.

⁵ Nuevamente, está el problema de que hay 264.000 argentinos a los cuales no se les especifica el lugar de nacimiento.

Todas estas cifras no demuestran nada respecto de las características fenotípicas ni culturales de los migrantes. En cambio, demuestran la visión exagerada de la migración interna, así como de su carácter homogéneo. La Argentina era, y sigue siendo, muy heterogénea en términos territoriales y la adjudicación de rasgos definidos a todos los migrantes internos es, desde este punto de vista, temerario.

Otras investigaciones históricas alimentan la idea de heterogeneidad que sostenemos en este artículo. En el Gran Buenos Aires, “los establecimientos fabriles eran como un mosaico de las diversas culturales provinciales, en especial del centro y norte del país” (Lobato, 2004: 233). “El trabajo de miles de personas se desempeñaba en los espacios del Gran Buenos Aires “cuyo rasgo distintivo era la heterogeneidad” (Lobato, 2004: 234).

Los obreros que habían migrado a Berisso desde las provincias “percibían que no era aceptados por quienes habían arribado al país unos pocos años antes, o por los hijos de los inmigrantes que buscaban construirse un lugar respetable. Las diferencias se sentían en la comunidad y se expresaban en los ámbitos de sociabilidad, pero no adquirieron importantes niveles de violencia. Mayor intensidad tuvieron las tensiones producidas por la adhesión a un partido político” (Lobato, 2004: 62).

Por otra parte, había una heterogeneidad ideológica y política, vinculada a la cultura de la izquierda europea que “se había desarrollado combinando la reflexión política con las prácticas y costumbres de los obreros del viejo continente. Muchos de los valores, el vocabulario, los códigos de conducta y hasta la estética que definía la izquierdismo se habían forjado muy lejos de Argentina” (Adamovsky, 2012: 94). En el fragmentado universo plebeyo muchos no “conocían o se sentían cómodos con esas pautas venidas de lejos, que a veces se contraponían a hábitos locales muy arraigados. Hubo un cierto desfase entre el bajo pueblo real y el ideal del ‘buen obrero’ que algunos tenían en mente” (Adamovsky, 2012: 94-95).

También podemos preguntarnos hasta qué punto la heterogeneidad política puede organizarse en dos tradiciones, la criolla y la europea, o si es factible no sólo pensar en diferentes tradiciones criollas, sino también en distintas tradiciones europeas, así como en diversas relaciones entre ambas. La conceptualización de la evidente heterogeneidad siempre tiene el riesgo de inferir de la matriz de percepción europeísta

de los muchos dirigentes una auténtica tradición europea homogénea, así como derivar de reivindicaciones criollas una supuesta “incontaminación” o “pureza”.

Retomando la cuestión del voto, podemos afirmar que la hipótesis de Halperín Donghi respecto del apoyo al peronismo por parte de los migrantes internacionales o por parte de sus hijos ha venido a confirmarse, deshaciendo de modo definitivo la dicotomía entre viejos y nuevos. En un análisis basado en la reconstrucción de los padrones electorales con los que se votó en el Área Metropolitana en 1946, Cantón y Acosta realizan un aporte decisivo al establecer tendencias en el voto peronista considerando dimensiones de estratificación social y el carácter migratorio o no de la población. En primer lugar, Cantón y Acosta indican que sobre el total de trabajadores manuales (es decir, clase trabajadora) menos del 20% son migrantes, cuando Germani suponía que se acercaba a 73% (Cantón y Acosta, 2013: 43; Germani, 1973: 591). En segundo lugar, los migrantes “autóctonos”, nacidos en las zonas supuestamente más “atrasadas”, son sólo el 15,3% de total de los migrantes internos en Capital Federal y el 9,9% en el Conurbano (Cantón y Acosta, 2013: 47). ¿Qué sucedió con el voto en 1946? En Capital Federal el voto peronista está correlacionado con el carácter de trabajadores manuales, sean migrantes o no. En el conurbano la única variable significativa es la presencia de trabajadores manuales no migrantes.⁶ El voto peronista en el conurbano se compondría de 8% de migrantes y de 92% de no migrantes y naturalizados.

La clase trabajadora de 1945 era heterogénea en calificación, derechos, realidad territorial, tradiciones culturales, sentido común, idioma, organizaciones gremiales y perspectivas ideológicas.

La unificación

¿Cómo es posible que en ese panorama heterogéneo haya surgido una identificación política unificada? La política social de Perón que implicaba beneficios para todos es una condición necesaria. Como señalamos, hace tiempo Murmis y Portantiero mostraron la racionalidad económica y social de los trabajadores en su adhesión al peronismo. James ha explicado el riesgo de que un instrumentalismo excesivo pierda de vista dimensiones culturales implicadas en el atractivo del peronismo

⁶ Además, el analfabetismo y las zonas rurales del conurbano presentan correlaciones negativas con el peronismo, allí se mantuvo un apoyo a partidos tradicionales nucleados en la Unión Democrática.

por “su capacidad para redefinir la noción de ciudadanía dentro de un contexto más amplio, esencialmente social” (James, 2010: 27). Del mismo modo, entre los factores para comprender el significado del peronismo para los trabajadores en 1945 James menciona “el orgullo, el respeto propio y la dignidad” (James, 2010: 40). En otras palabras, tanto en las políticas sociales como en los discursos y las acciones de Perón se jugó un problema de reconocimiento para amplios sectores de la población, inescindible del acceso a derechos. De hecho, eso implicó a la vez una redefinición también cultural de la ciudadanía. Ahora bien, a nuestro juicio, todas esas condiciones necesarias, requirieron una condición suficiente: el pavor generado en las clases trabajadoras al significar desde su perspectiva las implicancias de la reacción antiperonista.⁷

Para que un fenómeno como el peronismo pudiera surgir, ¿era necesaria una homogeneidad de la clase obrera? Hay autores que plantean claramente que “el 17 de octubre de 1945 no se hubiese producido sin un sujeto social suficientemente homogéneo en una concepción sociopolítica abarcativa de intereses sociales y políticos pluriclasistas”. Esto habría sido posible porque la clase obrera había producido “a su interior un proceso de homogeneización de intereses” y de “homogenización cultural” previamente (Godio, 1990: 80).

Nuestra tesis es la contraria. La unificación política de los trabajadores no es el resultado de una homogeneidad económica, fenotípica o étnica.⁸ Más bien se generó en circunstancias de intensa heterogeneidad en todos estos aspectos. No hay una homogeneidad “objetiva” que deriva en una homogeneidad “subjetiva”.

La unificación identitaria fue no sólo el resultado de la acción de Perón y el estado, sino sobre todo el resultado de la ofensiva unificada que amenazaba todos sus logros. Cuando el heterogéneo bloque del no peronismo devino antiperonismo recalcitrante, las dicotomías trabajadores/patronal, interior/capital, no blanco/blanco, argentina visible/invisible, excluido/respetable y otras adquirieron la potencia de las identidades políticas emergentes.

⁷ James sostiene que “si bien el peronismo representó una solución concreta de necesidades materiales experimentadas, todavía nos falta comprender por qué la solución adoptó la forma específica de peronismo y no una diferente” (James, 2010: 27). El presente trabajo pretende hacer una contribución específica para responder esa pregunta. Allí donde los trabajadores se percibieron reconocidos por Perón, se sintieron persistentemente desconocidos o excluidos por los antiperonistas.

⁸ Cantón y Acosta apuntan en la misma dirección cuando afirman que “la explicación del triunfo del peronismo (...) y la significación de su llegada, sería fundamentalmente política, no tanto estructural” (Cantón y Acosta, 2013: 91-92).

El propio 17 de octubre es inimaginable sin cuatro elementos. Primero, Perón es obligado a renunciar el 9 de octubre y es arrestado el 13, lo cual genera una gran convulsión en las bases obreras, donde corren rumores de que podrían fusilarlo. Segundo, la exigencia opositora es el traspaso del gobierno a la Corte Suprema de Justicia, que se había opuesto a la creación del fuero laboral y que era claramente conservadora. Tercero, cuando los obreros van a cobrar la quincena la patronal decide no pagar el feriado del 12 de octubre (un nuevo derecho) y en numerosas empresas responden al reclamo obrero con frases como "vayan a cobrárselo a Perón". Cuarto, cuando los sindicatos van a reclamar al Estado que imponga el cumplimiento de la ley no encuentran autoridades estatales que los defendieran.⁹

La heterogeneidad constitutiva de lo popular en lugar de traducirse en identificaciones políticas distintas, fue englobada por una única identificación que permitía imaginar a todos los trabajadores en oposición a la oligarquía y la patronal. Al condensar estos últimos lo anti-nacional, los trabajadores extranjeros también podían ser reconocidos como miembros de la comunidad. En el proceso que va del 15 de junio al 16 de octubre de 1945, no hay ninguna escena contundente que de por terminada la heterogeneidad política de la clase obrera. En cambio, hay eventos que van generando unidad, como el acto de 12 de julio, organizado por los sindicatos en apoyo a la Secretaría de Trabajo y Previsión, llegando al pico del 10 de octubre, la despedida de Perón después de verse obligado a renunciar a sus cargos. El 16 de octubre los debates registrados en las actas de la Confederación General del Trabajo (CGT, en adelante) expresan una diversidad de opiniones acerca de cuál es la mejor estrategia a seguir. La desafiliación de La Fraternidad de la CGT o las tensiones con algún sindicato son ejemplos puntuales de una disputa que continuaba en marcha.

No hay una unificación de la clase obrera previa al 17 de octubre. Eso es obvio porque la CGT declara la huelga general para el 18 y sin mencionar a Perón. El 17, desde la mañana hasta la noche, o incluso hasta la huelga general del 18, es en sí mismo un proceso de unificación. El 17 comienza con la movilización de sectores obreros que no pueden resignarse a perder todo lo obtenido, que salen a expresarse en contra del gran avance patronal producido desde el 9 de octubre y manifestado en las fábricas, en

⁹ Estos hechos históricos son conocidos. Sin embargo, colocarlos como condición suficiente para la movilización del 17 de octubre es mi propia responsabilidad, ya que entiendo que debe enfatizarse la relevancia de temor ante toda esa ofensiva económica y política para comprender la emergencia del peronismo.

la Plaza San Martín el 12 de octubre y en el arresto de Perón. La unificación no culmina el 18, sigue su proceso en temporalidades diferentes que tienen un momento crucial en las elecciones del 24 de febrero de 1946.

La heterogeneidad cultural no implicó un contraste político significativo entre sectores obreros. Si esa heterogeneidad podía verse como fuente potencial de división, Perón vino a representar cierta idea creciente de unidad. Justamente, el odio visceral de los sectores más altos hacia Perón resultaba un dato elocuente para los trabajadores. Tanto los beneficios sociales palpables como el reconocimiento generaban identificación. Pero sin aquel rechazo no se habría producido un movimiento político tan unificado.¹⁰

Juegos de alteridad

¿Cómo ha sido posible que un sociólogo de la talla de Germani no haya percibido la distorsión entre los apoyos efectivos del peronismo y los apoyos que él podía visualizar? Incluso, cuando los datos estadísticos estaban disponibles como en 1973, las afirmaciones anteriores no pudieron ser revisadas. Ningún sociólogo ni antropólogo deja de tener puntos ciegos de análisis sobre "los otros". Ni puede escapar completamente a los modos de constitución de las alteridades en un contexto histórico determinado. Así llegamos a la otra pregunta, ya no acerca del voto de febrero de 1946, sino acerca de quiénes eran los trabajadores que se movilizaron en las calles de Buenos Aires el 17 de octubre de 1945. Y acerca de cómo fueron percibidos.

En la ciudad que se concebía como blanca y europea, sin indios, mulatos ni negros (Escardó, 1945), la irrupción de las masas de trabajadores en octubre de 1945 fue vivida como la abrumadora "aprensión con que vería a los marcianos" (Luna, 1971: 273). A la sociedad establecida le produjo escalofríos sentir la "invasión de gentes de otro país, hablando otro idioma, vistiendo trajes exóticos" (Martínez Estrada, 2005: 55-56). Esa distancia angustiante e indignante produjo una búsqueda frenética de términos

¹⁰ El peronismo implicó un cierto tipo de división de la sociedad argentina, que se expresó en un lenguaje político y con una división del voto en términos de clases bastante clara. A diferencia de sociedades donde los grupos étnicos, migratorios o religiosos tienden a votar de modo unificado detrás de un partido, las divisiones argentinas no fueron entre españoles o italianos, católicos, judíos o árabes, sino que atravesó a los diferentes grupos. Ante la supuesta amenaza nazi fascista, podría haber habido un rechazo homogéneo de la colectividad judía, siempre y cuando todos los judíos hubieran creído en tal amenaza. Hubo un sector de los judíos argentinos que desde muy temprano apoyó a Perón como mostró Rein (2015).

para nombrarlos: hordas, turbas, masas, *lumpenproletariat*, malevaje, malón, chusma, obreros, descamisados, negros, alpargatas, tribu. Dos de ellos se impusieron sobre los otros.

El primero, escrito en periódicos desde octubre de 1945, fue “descamisado”. Sobre la base de la vestimenta, producía una identificación. De una movilización en la que hubo personas con saco y corbata, con camisa, con ropas de trabajo, con camisolas, tomaba al sector socialmente más pobre o culturalmente menos respetuoso de las reglas de etiqueta, y calificaba despectivamente a sus protagonistas. Ante esto, es conocida la inversión que realizó Perón en un discurso en el centro de Buenos Aires sólo dos meses más tarde, donde denunció esa actitud y convirtió “descamisado” en una palabra positiva, ícono de su movimiento, comparable a los *sans-culottes* franceses.

El segundo término, ajeno a la escritura pero arrollador de la oralidad, era “negro” o “cabecita negra”. De una movilización donde habían participado hijos y nietos de inmigrantes europeos, migrantes de zonas pampeanas, migrantes de zonas de noroeste, y mezclados de todas las épocas, se tomaba al sector más estigmatizado y se buscaba descalificar con ello a la movilización y al peronismo.

Así, no hubo en aquel entonces una descripción objetiva y menos aún específicamente sociológica de esas masas. Se desplegó un peculiar juego de alteridad. En un trabajo anterior planteé que en toda configuración cultural se despliegan múltiples juegos de alteridad, modos de clasificaciones sociales (Grimson, 2011). No utilizamos aquí la noción de juego en un sentido estricto, sino como una analogía a lo que Wittgenstein denominó “juegos de lenguaje” (Wittgenstein, 2012: 25 y ss.).

Cuando la irrupción política de un actor “invisible” produce una crisis clasificatoria, una crisis de la propia configuración cultural, se requieren nuevos juegos de alteridad. En particular, aquí analizamos un juego específico que consistió en una operación sinecdótica con pretensiones denigratorias o, al menos, desvalorizantes. El procedimiento general consistió en tomar al sector más estigmatizado de un conjunto heterogéneo y en identificar al conjunto con ese sector. Fue una magnificación de algo socialmente instituido como negativo. Hipervisibilizó a esa parte asociándola a la totalidad.

Así, entre trabajadores con múltiples vestimentas se los designará como descamisados o entre trabajadores con distintos fenotipos y tradiciones se hablará de "cabecitas negras" o "nuevos obreros sin tradición política". Por supuesto, ninguno de estos términos o fórmulas podría ni siquiera ser aceptado como una descripción apropiada de ningún sector de las "masas". Todos ellos tienen pretensión denigratoria. Se trata de etiquetas clasistas o racistas que aluden a un sector, el más estigmatizado, y desde allí generan una sinécdoque.

Ahora bien, ¿hay elementos suficientes para constatar la heterogeneidad de los participantes del 17 de octubre?

1) No hay pruebas de homogeneidad. Esto no es menor. Todas las homogeneidades que se han mencionado son o bien un presupuesto teórico o bien un estereotipo. Nunca la homogeneidad ha sido demostrada.

2) Hay relatos que hablan de homogeneidad, pero otros hablan de heterogeneidad. Nosotros estamos mostrando los motivos que provocaron una visión homogeneizante. Para refutar los relatos de heterogeneidad deberían explicitarse los motivos que llevarían a ese tipo de percepción y clasificación. Todas las probabilidades y datos apuntan a que quienes describieron heterogeneidad o vieron más grupos, o miraron de otro modo.

3) En las fotos disponibles del 17 sólo es posible ver heterogeneidad. No aparecen ninguna homogeneidad de vestimenta ni fenotípica. Sobre esto regresaremos enseguida.

4) Comparando las fotos con las descripciones es claro que la presencia más empobrecida o bien se magnificó o bien no fue fotografiada. Pero en cualquier caso, fue un componente relevante de una masa donde había también sacos, corbatas y sombreros.

5) Tampoco había homogeneidad fenotípica, ni de zonas de nacimiento, ni de tradiciones sindicales entre los dirigentes sociales de esos meses. Luis Gay nació en Buenos Aires, al igual que Ángel Perelman y Ángel Borlenghi. Cipriano Reyes nació en Lincoln, Juan Bramuglia nació en Chascomús y María Roldán en San Martín (Provincia

de Buenos Aires). También hubo importantes dirigentes rosarinos, tucumanos, sanjuaninos y de otras regiones en sus propias provincias.

6) En el Acta de la CGT del día 16 de octubre aparece la cuestión de la división entre sindicatos, siendo los ferroviarios los más renuentes a una medida de lucha. Sin embargo, perdieron la votación.

7) Los trabajadores que participan el 17 pertenecen a diferentes ramas de actividad abarcando desde la carne hasta los trabajadores del Estado, los metalúrgicos, entre muchas otras.

8) Entre los manifestantes identificables a través de testimonios hay migrantes del interior, habitantes del conurbano y porteños, incluyendo una presencia de sectores medios.

La mayoría de las descripciones de esos meses colocaron el hincapié en lo más chocante y sorprendente: la pobreza, las ropas, los rostros morenos y en la condena moral de la incultura y el interior. Poco y nada se describieron los sacos, ni los sombreros, ni los trabajadores sin ascendencias indígenas.

Todo ello estaba en las fotos de los principales acontecimientos.¹¹ En la foto más famosa de ese día se ven manifestantes refrescando sus pies en una de las fuentes de la Plaza de Mayo. Esa acción sería denostada como violación de las normas de comportamiento: “metieron las patas en la fuente”. Quedó en la historia como un ícono de la rebeldía. Quizás por eso mismo fue poco analizada como muestra de heterogeneidad.

En esa imagen se ven hombres, mujeres y niños. Hay dos hombres con saco. Son Juan Molina y su hermano, ambos nacidos en la periferia de Buenos Aires, en Caseros, por entonces trabajadores de una fábrica de gaseosas. No eran migrantes, ni internacionales, ni internos. En 1952 Molina fundaría el sindicato de la Sanidad en Hurlingham, también en el Gran Buenos Aires. En la foto, él y su hermano están elegantemente engominados. Un sombrero está apoyado detrás de uno de ellos. A su izquierda, se ve un hombre en camisa y a la derecha a otro hombre en camiseta. Más atrás, otro hombre con la camisa arremangada y un pañuelo al cuello. Es Amando

¹¹ Al respecto, ver Amaral y Botalla (2010).

Ponce, santiagueño, es decir, migrante del noroeste, argentino. Trabajaba como cadete en una sastrería militar, a una cuadra de la Plaza. Ese día ambos tenían 17 años, la juventud de la mayoría de los participantes. El que está sentado con traje más claro, de perfil, es Celso Pivida. Había ido hasta su casa a ponerse el traje para ir al centro. Trabajaba en una empresa lanera, en Avellaneda, y era delegado. Más atrás se ven mujeres y otros hombres, con diversas vestimentas, pero ninguno “desharrapado”. Una sola bandera: la argentina. La heterogeneidad estaba a la vista de todos. Y a plena luz del día fue arrasada.

La diferencia se fabricó como diferencia de clase, de educación, de estilo y se racializó. Pero quienes guardaban algún pudor respecto de las ideas raciales (que claramente no eran la mayoría) nada hicieron para enfrentar esa racialización. Sí para resignificarla. Trastocaron la diferencia “negra” en “rural”, “étnica”, o de culturas políticas. Por ello, “negro” y “cabecita negra” estaban a la vez ausentes en la escritura y omnipresentes en la oralidad.

Un caso contrastante que, sin embargo, en la polarización no ha sido leído de este modo, fue Raúl Scalabrini Ortiz. Este intelectual que provenía de Forja, conmovido, captó y subrayó esa heterogeneidad y la describió en 1948 (Scalabrini Ortiz, 1972).¹² Su poética frase sobre el 17 de octubre, “era el subsuelo de la patria sublevado”, hizo olvidar o pasar por alto elementos clave de su descripción. ¿Cómo era ese “subsuelo”? “Llegaban cantando y vociferando, unidos en la impetración de un solo nombre: Perón. Era la muchedumbre más heteróclita que la imaginación pueda concebir” (Scalabrini Ortiz, 1972: 26)¹³. La idea de heterogeneidad aquí precede a cualquier otra. Y está en tensión con aquello que es imaginable. Más diversa que esa multitud, piensa Scalabrini, resulta inconcebible. Al menos en la Argentina, agregaríamos. Así nos reenvía a Félix Luna, cuando dice que él y muchos otros pertenecientes al estudiantado universitario no sabían que esa gente existía (Luna, 1971). Por eso, el 17 de octubre modificó el horizonte de la imaginación social y política.

¹² Aunque la edición del libro *Yrigoyen y Perón* es de 1972, este texto de Scalabrini fue publicado originalmente en 1948. Esta diferencia de casi 25 llevó a algunos historiadores a creer que la narración había sido escrita muchísimos años después de los hechos.

¹³ **Nota del Editor:** El subrayado corresponde al autor de este ensayo.

¿Cómo era la heterogeneidad del “subsuelo”? Sigue Scalabrini: “Los rastros de sus orígenes se traslucían en sus fisonomías. El descendiente de meridionales europeos, iba junto al rubio de trazos nórdicos y el trigüeño de pelo duro en que la sangre de un indio lejano sobrevivía aún” (Scalabrini Ortiz, 1972: 26). Ahí tenemos un tríptico básico acerca de las heterogeneidades fisonómicas entre los trabajadores argentinos. Españoles o italianos, a veces de tez oscura pero siempre contrastando con el rubio del norte europeo también presente, junto a los mestizos venidos desde las provincias del norte argentino. Todos estaban allí.

E insiste para quien no haya comprendido: era “una multiplicidad casi infinita de gamas y matices humanos, aglutinados por el mismo estremecimiento y el mismo impulso, sostenidos por una misma verdad que una sola palabra traducía: Perón” (Scalabrini Ortiz, 1972: 26).

Muchos años después, el antropólogo Hugo Ratier indicó lo mismo:

No solo el cabecita hizo el 17. Hubo mucho rubio, mucho hijo de gringo, mucho porteño en sus cansadas columnas. El llamado al antagonismo contra los ‘negros’ fue un recurso más para dividir a la falange proletaria. Recurso que es difícil hallar expresado públicamente. Circulaba más bien por los subterráneos del rumor, del chiste político, vivo siempre en la expresión oral.¹⁴

Puede haber sido producido para dividir o estigmatizar, pero también se mitologizó en la idea de lo “auténticamente nacional”.

En afirmaciones como las de Scalabrini o Ratier, las referencias a rubios, trigüeños, gringos, meridionales o cabecitas negras dan cuenta de descripciones de la diversidad de colores de piel o rasgos fenotípicos. Uno de los problemas deriva de que el término “negro” en Argentina no guarda ninguna relación simple con estas características. La definición de la Argentina europea y blanca plantea un problema desde su mismo origen. En realidad, alude a la migración civilizatoria imaginada por los fundadores, mucho más que a la migración efectiva que llegó desde España e Italia, en la cual el blanqueamiento total no deja de ser algo problemático.

Esta cuestión implica que en Argentina hay una distancia notable entre la nominación “negro”, los rasgos fenotípicos y el color de piel. Esto no ha sido notado adecuadamente. Las clasificaciones fenotípicas argentinas guardan una distancia

¹⁴ Ratier (1971: 33).

significativa con el color de piel que, sin embargo, es utilizado tanto por la sociedad como por investigadores como un parámetro metonímico. Es metonímico en el sentido de que supone que una persona blanca o negra, de tez oscura o indígena tendrá ciertos rasgos fenotípicos. Sin embargo, en términos más sutiles el color de piel no es realmente un indicador riguroso de los rasgos fenotípicos. Por dar un ejemplo, podrían encontrarse inmigrantes italianos del sur cuya piel es más oscura que la de personas de origen guaraní, o españoles de piel más oscura que los descendientes de tehuelches. Esta cuestión cromática adquiere otro significado en las clasificaciones sociales del color en la Argentina, ya que blanco y negro aluden más que al color de piel a la jerarquía de clase y a la jerarquía étnica de las personas. Por más que el color de su piel sea más blanco que algunos sectores medios, aquellos más pobres, con cierta forma de vestirse, de hablar, de moverse, entran en la posible catalogación de "negros".

Por eso, todos los peronistas podrían ser considerados "negros" en un país que la sociedad establecida consideraba "sin negros". La pregunta de "quiénes eran" se convirtió en un verdadero embrollo porque no podría dejar de afectar, aunque de modo muy peculiar, respuestas a "quiénes son" los argentinos.

Así, la escisión dicotómica, de blancos y negros, de civilización y barbarie, provocada por sentimientos y perspectivas, provocaría una percepción específica de los protagonistas del 17 de octubre. Cuando los sectores establecidos consideran que una presencia irremediable y dolorosa hiere su situación, sus costumbres y sus poderes, es habitual que se produzca una exotización de la alteridad y una magnificación de la distancia. Un sobre dimensionamiento, polarizante.

Así, el clasismo racializado de la mirada europeísta y blanca tendió a identificar a todos los trabajadores con el sector étnica y racialmente menos prestigioso de las jerarquías establecidas. Los heterogéneos trabajadores devenían inmigrantes provincianos y, a su vez, los provincianos devenían oriundos del noroeste, rurales, atrasados. Racismo mediante, los trabajadores podían convertirse en "cabecitas negras".

El discurso hegemónico había invisibilizado a las poblaciones con ascendencias indígenas, insistiendo en que la Argentina era un país blanco. Después hipervisibilizó al sector, que en su propia jerarquía racial, era el más discriminable. Cuando reponemos la heterogeneidad no soslayamos el apoyo que tuvo Perón y peronismo entre los migrantes

internos y su creciente presencia en la vida social, siempre menospreciada. Sin embargo, ese papel no soslaya que en 1945 se produjo una unificación de las clases trabajadoras argentinas, bajo el liderazgo de Perón, que traspasó identificaciones raciales o étnicas y abarcó a la heterogénea masa de trabajadores.

La invisibilización y la hipervisibilización son dos juegos de alteridad distintos. En 1945 se produjo un pasaje de uno a otro. Todas las diferencias fueron exacerbadas. Por ejemplo, se adjudicó la política caudillista a las zonas tradicionales, pero todos sabían que había ejemplos célebres en la frontera con la Capital, con el ejemplo paradigmático de Barceló en Avellaneda. También se aludía a la falta de experiencia democrática de los nuevos migrantes, lo cual es una doble presunción. No sólo implica esa “falta de experiencia”, sino también supone una experiencia de las zonas “modernas” puramente imaginaria. En todo el país sólo se habían transitado elecciones con sufragio universal masculino entre 1916 y 1930. Un período que tampoco podía ser idealizado sin olvidar eventos de fraude electoral en algunas provincias (por ejemplo Córdoba o San Juan) o las intervenciones a muchas otras. Ni qué decir que los inmigrantes europeos no traían consigo ninguna “larga experiencia democrática”. Fue una época de exacerbación de diferencias y de valoraciones escasamente fundamentadas.

Al exotizar a los protagonistas populares del apoyo a Perón esa hipervisibilización exotizaba al propio peronismo. La frontera cultural, entre la supuesta tradición liberal representada por la Unión Democrática y el personalismo y populismo representado por el peronismo, se significaba a partir de la matriz de civilización y barbarie.

¿Qué relación guarda este juego de alteridad con la hipótesis sociológica de Gino Germani acerca de los migrantes internos? ¿Por qué la persona con mayor capacidad de análisis de la estructura social formula una apreciación tan sesgada de las características sociales del apoyo al peronismo? Al menos a modo de hipótesis, cabe citar dos testimonios relevantes. El sociólogo Darío Cantón afirma: “para mí, que viví esa época, aunque tuviera casi 18 años menos que él, su imagen suena a versión lavada, edulcorada, apta para todo público, políticamente correcta, de lo que otros, más crudamente, rotularon como ‘cabecitas negras’ o peor todavía como ‘aluvión

zoológico” (Cantón y Acosta, 2013: 87). Por su parte, la hija de Germani señaló una contradicción entre los estudios sociológicos y las creencias privadas de su padre:

Distinguir nítidamente el peronismo del fascismo fue un paso importante, ya fuera a nivel teórico o político. En la práctica, sin embargo, el contraste entre el Germani sociólogo y el Germani de las conversaciones de sobremesa no podía ser más marcado: tenía hacia el peronismo una actitud negativa. Tuvo siempre la convicción de que este movimiento se basaba en un apoyo manipulado de una masa popular que no tenía una posición política clara debido a su movilización social reciente, ligada a la también reciente inmigración rural urbana.¹⁵

Juegos peronistas

Cuando esto sucede, el movimiento heteroidentificado tiene distintas alternativas. La primera es el silencio, la opción asumida por el peronismo ante la acusación de negros o cabecitas negras. Sólo aludirá al término después de la caída de Perón en 1955. La segunda opción es la negación explícita: acepta que se trata de una categoría negativa, pero rechaza su identificación con dicha categoría. Es la opción del peronismo con la acusación de ser nazis y fascistas: “ni nazis, ni fascistas, peronistas”, cantaron los manifestantes en el acto de despedida de Perón el 10 de julio, cuando había renunciado a todos sus cargos en el gobierno.

Sin embargo, el peronismo no actuó del mismo modo con “descamisado” o “cabecita negra” porque no podía lisa y llanamente aceptar el carácter denigratorio de estas categorías. La tercera opción es la inversión de sentido. Es la opción del peronismo con “descamisado”. Perón denuncia el sentido denigratorio de la categoría y afirma que ellos sí son descamisados y representan a los descamisados. Si ese juego de inversión de sentido resulta socialmente exitoso, como fue en aquel caso, la categoría pierde toda su potencia denigratoria. A diferencia de “trabajadores”, que puede ser una identidad social o una categoría descriptiva, una noción sociológica o una interpelación política, “descamisado” como categoría de autoidentificación, encierra un juego de alteridad más complejo. Por una parte, porque surge a la escena política como categoría denigratoria. Por otra parte, porque su asunción positiva implica una doble acusación: la del insulto mismo y la de las condiciones de vida de quienes han sido insultados. De esa densidad de significaciones proviene su potencia política.

¹⁵ Germani, A. (2004: 99).

Ninguna de las tres opciones puede ser evaluada en sí misma, sino como una intervención en un juego no elegido. No elegido en el sentido de que la heteroidentificación no es previsible por los actores sociales. Ahora bien, una vez producida, dentro de los límites de lo posible, ellos mismos jugarán sus propias cartas, desplegarán su propia estrategia, aunque esta fuera el silencio.

En los años posteriores al derrocamiento de Perón, intelectuales peronistas invirtieron la carga valorativa de capital e interior, cosmopolita y rural, modernos y provincianos, blancos y no-blancos, para construir una visión también homogénea de los protagonistas del 17 de octubre. En esa línea, muchas veces se replicaban las categorizaciones, sólo que se reivindica lo criollo, lo mestizo, lo moreno como lo auténticamente argentino. Belloni consideraba que "los jóvenes nativos, descendientes de criollos y gauchos de las montoneras" que llegan a la ciudad y "traen con ellos un nuevo resorte poderoso", una fuerza que proviene "de las mismas entrañas de la tierra y del pueblo argentino y ello los capacita a marcar un nuevo rumbo nacional" (Belloni, 1962: 13). Por su parte, Ramos afirmaba que "de las provincias mediterráneas bajaron los 'cabecitas negras' (...) Los rústicos pastores criollos descendientes del montonero epónimo se trocaron en obreros industriales" (Ramos, 1957: 287-288); su nacionalismo "ingenuo y hondo" chocó con las "formas políticas arcaicas y europeizantes" de los partidos tradicionales. Jauretche, en 1966, en el marco de un análisis del racismo en Argentina, termina identificando a la "aparición del cabecita negra", "los trabajadores argentinos del interior, excluidos como factores sociales", como el "elemento auténticamente nacional" (Jauretche, 2010: 306).

Es decir, la valoración que hacen estos autores es la opuesta a la realizada por la sociedad establecida. Sin embargo, resultan idénticas las categorías que aluden a la dicotomía de europeos no peronistas y criollos peronistas.

Si bien estas narrativas nunca adquirieron la pregnancia social de la categoría de descamisados, sí tuvieron notables repercusiones en relatos y creencias sociales. Como señaló Germani, unos y otros creyeron que el apoyo al peronismo en 1945 y 1946 lo habían protagonizado los migrantes de las provincias. Por ello, resulta relevante reestablecer la heterogeneidad social y cultural de los apoyos originales en los orígenes del peronismo.

Bibliografía

Acha, O. (2008). Migración interna y formación de parejas en Buenos Aires en los años del primer peronismo. *Anuario IEHS*, (23).

Amaral, S. y Botalla, H. (2010). *Imágenes del peronismo*. Buenos Aires: Eduntref.

Belloni, A. (1962). *Peronismo y socialismo nacional*. Buenos Aires, Coyoacán.

Adamovsky, E. (2012). *Historia de las clases populares en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.

Cantón, D. y Acosta, L. (2013). *Una hipótesis rechazada. El rol de los migrantes internos según Gino Germani en los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Librería Hernández.

Del Campo, H. (1983). *Sindicalismo y peronismo*. Buenos Aires: CLACSO.

Di Tella, T. S. (2003). *Perón y los sindicatos: el inicio de una relación conflictiva*. Buenos Aires: Ariel.

Escardó, F. (1945). *Geografía de Buenos Aires*. Buenos Aires: Losada.

Germani, A. (2004). *Gino Germani, del antifascismo a la sociología*. Buenos Aires: Taurus.

Germani, G. (1962). *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Paidós. La publicación original del capítulo "La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo" es de 1956.

Germani, G. (1963). La movilidad social en la Argentina. En Lipset, Seymour y Bendix. *Movilidad social en la sociedad industrial*. Buenos Aires: Eudeba.

Germani, G. (1973). El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y los migrantes internos. *Desarrollo Económico*. Vol. 13 (51), pp. 435-488.

Godio, J. (1990). *El movimiento obrero argentino (1943-1955)*. Buenos Aires: Legasa.

Grimson, A. (2011). *Los límites de la cultura*, Buenos Aires, 2011.

Halperin Donghi, T. (1975). Algunas observaciones sobre Germani, el surgimiento del peronismo y lo migrantes internos. *Desarrollo Económico*, Vol. 14 (56), pp. 765-781.

Instituto Nacional de Estadística y Censos de la República Argentina (INDEC) (1974). *Cuadros inéditos IV Censo General de la Nación año 1947*, 2 y 3. Buenos Aires: INDEC.

Instituto Nacional de Estadística y Censos de la República Argentina (INDEC) (1999). *Características migratorias de la población en el IV censo general de la nación del año 1947*. Buenos Aires: INDEC.

James, D. (1987). 17 y 18 de octubre de 1945: el peronismo y la protesta de masas y la clase obrera argentina. *Desarrollo Económico*, Vol. 27 (107), Buenos Aires.

James, D. (2010). *Resistencia e integración*. Buenos Aires: Siglo XXI. [Primera edición de 1990].

Jauretche, A. (2010). *El medio pelo en la sociedad argentina*. Buenos Aires: Corregidor.

Llach, J. J. (1978). Estructura ocupacional y dinámica del empleo en la Argentina: Sus peculiaridades. 1947-1970. *Desarrollo Económico*, Vol. 17 (68).

Lobato, M. (2004). *La vida en las fábricas*. Buenos Aires: Prometeo.

Luna, Félix (1971). *El 45*. Buenos Aires: Sudamericana.

Martínez Estrada, E. (2005). *¿Qué es esto?*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional-Colihue, 2005.

Murmis, M. y Portantiero, J. C. (2012). *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI. [Publicación original de 1971].

Ratier, H. (1971). *El cabecita negra*. Buenos Aires: CEAL.

Ramos, J. A. (1957). *Revolución y contrarrevolución en Argentina : las masas en nuestra historia*. Buenos Aires: Amerindia.

Rechini de Lattes, Z. y Lattes, A. (1969). *Migraciones en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial del Instituto.

Rein, R. (2015). *Los muchachos peronistas judíos*. Buenos Aires: Sudamericana.

Scalabrini Ortiz, R. (1972). *Yrigoyen y Perón*. Buenos Aires: Plus Ultra.

Torre, J. C. (2011). *La vieja guardia sindical y Perón*. Buenos Aires: RyR [Primera edición 1990].

Torre, J. C. (2012). *Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Wittgenstein, L. (2012). *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Crítica.

La homogeneización de la heterogeneidad obrera en los orígenes del peronismo

Resumen

Este artículo busca realizar un aporte para comprender quiénes eran los trabajadores que apoyaron el surgimiento del peronismo a partir de 1945. La historia de las interpretaciones de los orígenes de peronismo enfatizan a veces la heterogeneidad y a veces a la homogeneidad de la clase obrera. Este artículo busca mostrar que el apoyo al peronismo fue protagonizado por trabajadores altamente heterogéneos en varias dimensiones. La imagen de que el apoyo al surgimiento del peronismo provino de alguna masa homogénea vinculada a las migraciones internas fue un modo de categorizar y simplificar un proceso complejo sin ninguna base empírica.

Palabras clave: Peronismo – clase obrera – 1945 – heterogeneidad – homogeneidad

Homogenization of Workers Heterogeneity in the Origins of Peronism

Abstract

This article makes a contribution to understanding features of the workers that supported the emergence of Peronism since 1945. The history of the interpretations of the origins of Peronism emphasizes the heterogeneity and the homogeneity of the working class. This article seeks to show that support for Peronism was led by highly heterogeneous workers in various dimensions. The image that support the emergence of Peronism came from a homogeneous mass linked to internal migration was a way of categorizing and simplifying a complex process without any empirical basis.

Keywords: Peronism – Working Class – 1945 – Heterogeneity – Homogeneity